

LADISLAO GRYCH

¡ME SEDUJISTE, MI SEÑOR! ⁽³³⁾

Contemplando los tiempos de crisis.

Mis expresiones coinciden con el tiempo que vivo.
Jeremías habla de la esperanza y de la comprensión, cuando ellas nos
nacen; y está en medio del dolor y de las tragedias.
La vida de los hermanos con sus dramas, ¿acaso, no necesita de Jeremías,
y que hable desde el Señor?
La vida de los pueblos, ¿no da pie para hablar ese modo?
Pero con la esperanza y con la comprensión que llevan a la salvación, no
sólo a las tragedias.

INTRODUCCIÓN

Me viene bien reflexionar sobre Jeremías, en un tiempo muy apropiado para mí; aún, ciertos tiempos casi exigen a que se lo evoque; en fin, veo que Jeremías es uno de los profetas de nuestros días.

Los profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento nos llegan muy profundo; el Mensaje del Señor no sólo tiene un tiempo particular, sino más bien, viene por todas las circunstancias, pues, hay una lectura de los profetas que, si bien resurge de los textos inspirados, viene como hundiéndose en la realidad, se hace como una nueva inspiración; es que el Señor habla de modo que es actual, y su Mensaje es nuevo, aún nos urge.

La Palabra nace en ciertas circunstancias, pero se abre a toda la historia, como si estuviese creciendo con el tiempo; y hay que estar abiertos, para poder recibirlo como el Señor quiere que lo vivamos; como viene de Él, es tan fuerte que provoca cambios casi inexplicables.

Todos los profetas hablaron en un tiempo oportuno; y casi todos morían sin ver la respuesta o aún no era la que ellos esperaban; también se veían rechazados y muchos murieron de muerte violenta, despreciados por el pueblo.

Entonces, ¿dónde está la respuesta esperada ante la Palabra del Señor?; si no lo fue en aquel tiempo, ¿qué tiempo tendrá su Palabra?; y Ella no vuelve estéril; si parecía serlo en aquel tiempo, el Señor encuentra otros tiempos para su Palabra.

Es cierto que el Mensaje fue destinado principalmente para el tiempo que les tocaba vivir a los profetas; pero como no hallaba respuesta o fue débil, parecía que la Palabra esperaba otro tiempo; mientras tanto aún crecía y se hacía más fuerte, porque los nuevos acontecimientos necesitaban de la Palabra ya robustecida; ¡qué misterioso es el Señor!

El mensaje de los profetas, en realidad, del Señor que habla por medio de ellos, sigue creciendo y será así hasta el fin; si decimos que se ha cumplido, el mismo mensaje aún tiene su nueva finalidad, aún más grande; las Palabras que se refieren a la venida de Jesús, retoman la nueva dimensión; y si Él viene, algún día, vendrá de un modo aún más profundo.

El mundo de hoy, es como más abierto a esta clase de lectura de la Palabra, diría, cada vez más inspirada; pues, el Señor encamina al mundo y al hombre a una nueva lectura del Mensaje, cada vez más profunda; no es una casualidad que el pueblo vuelve a la Palabra y empieza a leerla con su corazón; pues el corazón halla la inspiración para leer y aún para comprender la Palabra, como el Señor quiere que lo haga. Hoy, en el tiempo del Señor, están como uniéndose los hilos; los mensajes del Señor abren la gran visión, aún se abren los corazones; el pueblo está ante la expectativa, pues el Señor nos despierta; aún se abren los corazones para poder recibir la Palabra, mientras ella brota en ellos; entonces, ¿a dónde llegará la vida promovida por la Palabra?

¿Y el profeta Jeremías?; ¿no será que tendría su tiempo, que le viene del Señor?; ¿no sería que vuelve con una fuerza aún más grande, después de su desaparición, parece, por aquellas tierras de Egipto?; ¿y el tiempo de hoy, no sería aún más oportuno, para que hable con más fuerza?

¿Cómo definir el tiempo que seguimos viviendo?; ¿no sería como el tiempo de Jeremías, que hoy se manifiesta aún con más crueldad y más dolor?

Su Palabra, que viene del Padre, es como si tomase aún más confianza; y después de aquella experiencia de la gracia del Señor, es como si se sintiese más segura por lo que el Señor quiere hacer en medio de nuestros tiempos.

Sarandí del Yí, 25 de febrero de 1995

1. LAS INFIDELIDADES

a. LA PRIMERA INFIDELIDAD

La palabra infidelidad tiene un significado amplio; ante todo, tiene en cuenta los conflictos que vive el ser humano, al estar lejos del proyecto del Señor, del destino de la vida humana.

Los profetas aún tratan de comprender la infidelidad como el gran conflicto del hombre frente al Señor; en realidad, todas las infidelidades tienen que ver con ese conflicto; pues, si el hombre no lo resuelve, aún continúa con las consecuencias del mismo, se le hace imposible superarlas.

No obstante, el ser humano no siempre las ve; aún no ve que, en medio de sus crisis, está la raíz del mal; entonces, ¿cómo reacciona?; suele responder de mal modo; y trata de resolver los conflictos a su manera, aún lejos del Señor, o busca cómo justificar sus conductas.

¿Por dónde lleva el camino, que no está claro sino más bien, lleno de la confusión?; ¿hasta qué punto, el hombre puede ir hallando las soluciones que, de hecho, no lo son?; Dios sabrá hasta qué punto, y lo que es cierto es que es difícil convencer al ser humano a que cambie su propio rumbo; es que casi no escucha y, a veces, se ríe de las propuestas.

Si se ríe, no es una risa sincera; y tan sólo corre sin saber adónde; es que ya no sabe vivir de otra manera, ni ve la posibilidad del cambio; por eso, tan sólo corre.

¿Adónde sigue corriendo el hombre?

Como ha perdido el sentido de su primera fidelidad, tan sólo corre en medio de las mismas; pues no hay fuerzas que lo frenasen, ni argumentos que valiesen.

Y cuando el pueblo sigue tras sus infidelidades que lo llevan, ¿a dónde lo llevarán?

Habría mucho para hablar sobre nuestro tiempo; si bien es una realidad triste, debe hallar su camino; y si no lo ve hoy, lo debe descubrir más tarde; porque el pueblo no puede seguir así, hasta el fin; y si aún llega hasta el fin, ¿cómo encontrará la luz, la salvación que le viene del Señor?

¿En qué tiempo, el pueblo se despierta para ver su realidad y oír a los enviados del Señor, pues ignora al Señor en medio de su vida?; ¿en qué hora, empieza a creer en la salvación que le viene del Señor?; pero el camino de la reconstrucción de la vida, podría ser difícil y doloroso.

A pesar de la realidad, o porque la misma es dolorosa, nace la esperanza de un verdadero cambio; mientras la vida se proyecta cada vez más difícil, empezamos a escuchar; y lo que hace poco no nos llegaba, tratamos de entenderlo; es un buen signo.

El Señor envuelve nuestro tiempo con su modo de pensar; va llegando a los corazones de los hombres perdidos.

La Palabra del Señor se torna en la esperanza, a pesar de que al pueblo se le hace difícil creer en un cambio promovido por el Señor; y mientras tanto, vive sus penurias que son como un tiempo de madurar, hasta que la obra del Señor comience a manifestarse plenamente.

b. EL DESIERTO

Los profetas vuelven al desierto, donde se forjaba la Alianza en aquel gran tiempo para el Pueblo.

Fue el tiempo de gran crecimiento, pues el Pueblo vencía sus debilidades, y el Señor estaba como abriéndose delante de su

Pueblo, con su amor y su predilección.

Crecía la Alianza, el compromiso en el corazón del Pueblo, que iba cambiando de verdad; y el desierto fue un ambiente que ayudaba a crecer; en otras circunstancias, el Pueblo no hubiese podido hacerlo de tal modo; además, venía de la esclavitud que aún estaba en sus vivencias.

¿Cómo creció el Pueblo en medio de la Alianza con el Señor?; los mandamientos se ven aún más comprensibles, en medio de la Alianza que nace en los corazones; en otro caso, serían como normas de convivencia, pero sin tener el sostén ni promover la verdadera fuerza; es que, si las normas no tienen sostén, en cualquier tiempo se quiebran, y se caen las leyes.

El sostén está en el corazón del hombre, y del Pueblo; está en el Señor que habla a los corazones, renovándolos. En el desierto, todo se proyecta muy claro; luego comienza el camino ya fundado en el Señor; entonces, lo que va a nacer, será una nueva expresión de la Alianza; surge del Amor que une con el Señor, pareciese para siempre.

Sin embargo, con el tiempo, los acontecimientos comienzan a proyectar otras cosas, contrarias a la primera Alianza; aún, el Pueblo empieza a olvidarse del Compromiso y pierde la vigencia del mismo.

¿Qué pasa con la Alianza que fue para siempre?; ¿qué pasa con el Pueblo?; es esa realidad que nos cuesta comprenderla.

¿Qué pasa con el Pueblo, qué pasa con el hombre?; pues, a la respuesta necesitamos para nosotros.

La vida nos pone en el cruce, casi sin palabra; si por alguna razón, llegamos hasta cierto punto, ¿qué pasa con nosotros?

Es que el hombre y el Pueblo pueden perder la vigencia de la Alianza; es como si perdiesen al Señor en sus vidas. Sin embargo, ¿por qué llega a esa crisis?; ¿tan sólo busca su desgracia?; ¿qué es lo que pasa en la vida del Pueblo?

c. SÓLO POR UN TIEMPO

Al concluir el paso por el desierto, que fue como el bautismo para el Pueblo, pues vivió su propia renovación, viene la hora de entrar en la Tierra Prometida; y es el Señor que da la Tierra y, bendice al Pueblo, y a la Tierra; fue la hora de la gran bendición; el Pueblo recibe la Tierra y aún, logra ser importante en medio de la Tierra del Señor.

Por un tiempo, el Pueblo logra la grandeza del Reino; a la vez, contempla la grandeza del Templo; el Señor los lleva lejos, con sus Reyes y con el Templo, pero es sólo por un tiempo, pues aparecen señales de la debilidad que ya no desaparecerá hasta el fin.

Los reinados de David y de Salomón serán recordados como los del gran respeto por la Alianza; los dos no serán libres de la debilidad, pero toman la actitud de una humilde insistencia para cumplir con la Alianza; esos tiempos se quedan más bien, como el recuerdo; luego, el Pueblo sufre la división, las guerras y el destierro, porque se olvidan de la Alianza, tanto los reyes y sacerdotes, como el Pueblo.

¿En qué momento aparece Jeremías?; cuando la decadencia parece definitiva, y el Pueblo no tiene fuerzas para resurgir; cuando los enemigos están a la puerta, y todo quiere decir que ya viene la destrucción del Pueblo y del Templo; pero, ¿cómo hablar en esas circunstancias?

Antes, muchos profetas advertían, pero el Pueblo no les daba

importancia o apenas respondía; ahora, cuando la vida y los acontecimientos se ponen en contra, parece que no hay nada para salvar; pero aún, el Señor envía a Jeremías.

¿Cómo habla Él, qué dice al Pueblo?; ¿es sólo para anunciar las desgracias que están a la puerta?

Es que el Pueblo no se levanta, y la desgracia llega; entonces, ¿qué sentido tendrá la Palabra?; sin embargo, hay que hablar, lo pide el Señor.

¿Qué sentido tiene la Palabra en medio de las desgracias?; ¿y el Pueblo encuentra el sentido, mientras vienen el dolor y las penurias?; ¿halla luz para poder ver el valor de la Palabra que viene del Señor?

En ciertos tiempos, tan sólo hay que aceptar lo que viene, lo que cuesta asumir; es aún para comprender la desgracia que nos aplasta, ahoga y quiebra; es un tiempo para sufrir, pero a la vez, podría ser el de la esperanza.

¿Cuál esperanza nos puede dar el Señor, si aún no sabemos escucharlo, envueltos en el dolor y el espanto?; sin embargo, hay espacios para la esperanza, porque la gracia del Señor es más fuerte que la vida y las desgracias.

En fin, aparece Jeremías para anticipar las desgracias, para darles una verdadera dimensión, aún, la fuerza que viene del Señor para soportar lo que es justo.

No sé si el Pueblo por hoy, sabe escucharla; pero la Palabra no se pierde, y cuando llegue su hora, se abrirán los oídos para poder escucharla, como el Señor quiere que la escuchen; entonces, será la hora de una gracia aún más fuerte que las desgracias que vive el Pueblo con mucha pena.

Llegará la hora de la luz, para la Palabra pronunciada en un tiempo oscuro; la hora será justa, pues el Señor quiere salvar al Pueblo que vuelve a escucharlo; será la hora de la gracia

que supera las desgracias, el tiempo de ponerlas en un nuevo contexto de la gracia del Señor.

d. EL NOMBRE DE DIOS

Dime quién es tu Dios; te diré quién eres, pues tu existencia está contemplada a su Imagen.

En los fundamentos de la vida, está tu Dios que te sostiene; si la misma se derrumba, es porque se decae tu Dios.

No es sólo la cuestión de darle un Nombre; por más que ése quisiera expresar su Esencia, para nosotros, Él es tan grande, cuánta Vida asume nuestro corazón y más aún.

Quien habla de un Dios lejano, aún es como si hablase de un Dios que no existe; y si está lejos de la vida, nos quedamos como huérfanos en un mundo abandonado.

No es ese Señor a quien el hombre necesita y lo busca a cada instante; como el niño se dirige a sus padres, los hombres siguen buscando al Señor.

La Biblia nos da la Imagen del Señor cercano a los hombres; ya no es quien abandona la vida ni se retira de la misma, al contrario, la realidad está impregnada con su Presencia.

Al leer la Biblia, nos llenamos del Señor, con esas vivencias que experimentamos, tan llenas de los hechos.

Al leer la Biblia, vemos al Señor; pues, no nos detienen los acontecimientos narrados, sino que más bien, contemplamos a nuestro Señor, cada vez más presente en nosotros.

Debemos hallar a un verdadero Dios, así como es Él; y si la realidad no siempre nos ayuda, a veces, aún suele perturbar la verdadera Imagen; mientras alguien nos habla de Dios, nos cuesta creerle, porque la vida es tan fuerte y se impone frente a la gracia, que podría tocar nuestra realidad.

Si bien, al principio, nuestra vida puede impedirnos ver a un verdadero Dios, luego, si aún seguimos insistiendo, se abre el camino a un Dios muy grande; la dureza del corazón que nos impedía ver al Señor, ya vencida por Él, se hará como testigo de un nuevo tiempo; entonces lo nuevo será distinto, pues el Señor cambia su rostro en nuestra vida; es la misma, pero vencida por Él.

Cuando Jesús vino, quiso enseñar a los hombres la verdadera Imagen del Señor, en aquel tiempo, a un Dios diferente que era el Padre de verdad.

Es que el mundo, al perder la Imagen, sigue perdiéndose; no se da cuenta de que la renovación viene de la Imagen de Dios; y mientras resurge la Imagen, cambian el hombre y el mundo, pero siempre en el tiempo del Señor.

Le cuesta a Jesús transmitir la Imagen del Padre; y es el Hijo quien quiere transmitirla.

Los hombres se han ido lejos, han distorsionado la Imagen con sus vidas; les cuesta volver, y no saben que es el único camino para llegar al Señor.

Desde el instante, cuando prende la gracia del Padre, la vida es como si se despertase hacia lo nuevo; si es cierto que la misma debe vencer la realidad, comienza lo diferente, pues el secreto está en despertar la vida para el Señor.

Muchos hablan de Dios Padre; su Nombre resuena por todas partes, no obstante, muchos de ellos, aún no lo viven en sus corazones; la Imagen de Dios Padre aún no ha transformado sus vidas; por eso, no tiene fuerza.

Si fuese experimentada profundamente, aún daría una nueva expresión en las actitudes; pero no es sólo decir Padre, sino vivir según Él.

La Imagen del Padre despierta una vida distinta.

Ni siquiera nos imaginamos a dónde nos llevaría esa Imagen, mientras la vida sigue cambiando; ¡qué distintos estaríamos nosotros, frente al mundo y los hermanos!

Me pregunto: ¿cómo vivo en mi corazón a mi Dios Padre?; ¿qué cambios promueve esta Vivencia?

¿Y las reconciliaciones, los reencuentros, la paz y la ternura, que vienen del Padre, para mi vida y mis hermanos?; pues esa Imagen empieza a transformar al mundo y a los hombres, desde mi corazón de hijo del Padre.

e. DOS IMÁGENES

Hay dos imágenes que predominan, y se complementan; en medio de las dos vivencias, se proyecta la verdadera Imagen del Señor de nuestro corazón; una vez, la Imagen nos pone en medio de la relación del Padre con sus hijos; otras veces, parte de la Imagen del matrimonio, y del amor que nos une al Señor, en el clima de la fidelidad.

¿Cuál de las dos Imágenes llega más hondamente a nuestro corazón?; no sabría decirlo; a veces, la vida comienza por la Imagen del Padre, aún por descubrirnos que somos hijos y luego, logramos convivir con Él, cada vez más íntimamente, como si fuese tratar del Matrimonio.

Si es cierto que el Señor nos crea a su Imagen, nuestra vida halla sus rasgos por todas partes; aún se detiene ante el Padre de la Vida, para contemplarlo, porque todo viene de Él; y el hijo recibe del Padre, como prolongación de su vida.

¿Cuánto tiempo tardamos en descubrir los rasgos del Padre?; pues al descubrirlo, ya no sería hablar de algún padre, casi desconocido, sino vivirlo en el corazón.

Nos cuesta llegar a esa vivencia; y necesitamos una vida entera, mientras la gracia del Señor nos llega en abundancia.

Como la vida está envuelta en la realidad que no nos permite ver al Padre, aún hay que hacer un largo camino; y el Señor obra con su gracia, para que se abran nuestros ojos y nuestro corazón; en ese tiempo, aún sufrimos, intuyendo que algún día, podríamos llegar a lo que se despierta en lo profundo de nuestro ser; y el día en que descubramos al Señor nuestro Padre, la vida recupera su luz interior.

En el mundo donde hay muchos hijos sin padres, aún tristes, abandonados y perdidos, se hace difícil hablar de Dios Padre; no obstante, el tiempo es como apropiado, como si contase con una gracia aún más grande; es que el Señor nos ilumina para que hablemos de Él.

Él nos sigue iluminando para que hablemos del Padre, luego de las vivencias, aún tristes, que experimentan los hijos; es que, si no hablásemos de Él, el mundo no podría recuperar la imagen de hijos reencontrados.

¡Cómo nos cuesta hablar del Padre y cuánto lo necesitamos!; pero la gracia del Señor es más fuerte que la vida.

Al hablar de Dios Padre, los hijos se van encontrando, como si escuchasen la voz en la profundidad de sus corazones, casi perdida, pero la que existe por siempre.

Si se hubiese perdido esta voz, se habría perdido la creación; y no puede perderse, por más confundida que fuese.

La voz del Padre aún llega a los corazones muy oscuros de los hijos perdidos; ellos, ni siquiera la escuchan, no obstante, va llegando igual; parece que los hijos no desean responder a su Padre; pero va brotando la esperanza, porque esa voz es más fuerte que la vida; nadie puede oponerse a ella; y es tan

misteriosa, tan sagrada.

Y pensar que el Señor desea poner su Palabra en medio de mi corazón, y que renazca mi vida que viene del Padre.

El tiempo del crecimiento será importante; me hace soñar en el Señor, en mi vida, pues cuando la Palabra se haga luz, y mi vida renazca en mi Padre, Él me pondrá delante de mis hermanos, para que la pronuncie con mucha fuerza.

¿Cuánto tiempo del camino a la Luz del Padre, para que mi vida se transforme en su hijo, que lo sienta, lo viva y goce?; ¿a cuántos cambios experimentará?; si aún vemos cuántos cambios vive el hijo, al encontrarse con sus padres, lo que viene del Padre de los Cielos, es más grande aún, y es casi incomparable.

Así el Señor nos lleva en el camino de la gracia, aún después del fracaso y la inseguridad, del resentimiento y la ansiedad que nos han torcido; es que muchos de aquellos, que llegan a un Dios Padre tan grande, sufrieron mucha pena, suelen tener recuerdos de mucho dolor que viene de sus padres y de sus familias; es como si esa realidad triste les sirviese más aún, en el camino de la Gracia hacia el Padre.

Sigo soñando aún; son los hijos no amados ni esperados, en las familias fracasadas, con mucho dolor, cuando sus vidas parecían sin importancia, sin sentido; justamente, esas vidas deben abrirse para el Padre; y si aún les cuesta que lo hagan, cuando lo logren, la gracia será aún más grande para ellos y para el mundo.

Son esos sueños que debemos ir guardando como una gracia, en los días de dolor, en los corazones apagados; es porque nuestro tiempo se presta más aún, para que resurja la Imagen del Padre en sus hijos; y si resurge Él, los hijos serán hijos de

verdad; ya no estarán perdidos, aún menos, para cuestionar su camino por esta tierra; es que los hijos serán felices, y el mundo con ellos.

Al poder resguardar las vivencias del Padre, asumidas en el corazón de hijos encontrados, podríamos hablar más de la presencia del Señor; es como si Él entrase en la vida, y el hombre es como si se abriese para Él; aún sería hablar de la Alianza, como la deseamos de corazón.

Al hablar de la Alianza, es como entrar en un nivel más alto de la convivencia con el Señor, como si Él estuviese más unido a la vida, y nosotros más unidos a Él.

Aquí, hay algo más, en medio del crecimiento del Señor; ya no sólo están el Padre y el hijo, sino que aún se habla del Esposo y la Esposa, y de lo que implica la Entrega.

El Señor me lleva en su camino para poder vivir su presencia muy hondamente; es la vida recuperada en Jesús, el Hijo del Padre, como si estuviese invitada a la Boda con el Señor; así, lo sigo soñando, esperando; aún pienso: ¿hasta qué punto, se hace posible experimentarlo en el mundo, mientras camino por esta bendita tierra del Señor?

Por alguna razón, Jesús habló de las Bodas; ¿son las bodas en la vida que viene, o nos tocan en la tierra, en este mundo?; y parece que el Señor desea ser generoso; pero lo triste es que muchos de los que le siguen a Jesús, aún no creen que Él pueda llevarlos tan lejos en la Gracia del Señor.

Si los profetas defendían la Alianza con el Señor, con más razón, debe defenderla nuestro pueblo cristiano; a la Alianza se la vive en los corazones entregados plenamente, con el espíritu, el alma y el cuerpo; pero para vivenciarla, el Señor debe estar presente, entregado por la vida y nosotros por Él;

es la Alianza entre las vidas unidas en sus espíritus.

Aún reflexionamos sobre el Matrimonio entre los cristianos como hijos del Padre, encontrados por Jesús; ¿en qué sentido esa reflexión nos abre al Gran Misterio?

Y Jesús, ¿a qué altura lleva el Matrimonio?; si los dos hijos del Padre, él y ella, asumen la Alianza de los Cielos entre el Señor y los hombres, la que se expresa de un modo particular en cada Unión entre los dos, plasmada en el Señor.

El Matrimonio entre los cristianos está en la altura del Señor; la Boda de Caná, está en medio de su gracia, y el Señor nos acompaña; mientras el mundo aún desprecia la unión entre los dos, el Señor la pone a la Alianza muy alto; es que la Unión en el Señor es el modo más pleno de la Vida que viene de Él, por la transformación proyectada en los tiempos y aún más, en los nuestros.

El Señor quiere entrar de un modo profundo, uniéndose en el cuerpo y el alma, en los hombres que caminan y crecen en la gracia; y si son los dos, el Señor está en sus vidas; todo de un modo cercano a los hombres, tan grande desde Él.

2. ME SEDUJISTE, MI SEÑOR

a. AL ARRANCAR Y AL DESTRUIR

Tú, Señor, me conoces; sigues mis pasos en esta tierra.
Te has fijado en mi vida, y que soy tu profeta.
Aún, llego a esta hora, para hablar en tu Nombre.
Me asusta mi destino, y lo miro con tanto respeto.

Lo que presentí en otro tiempo, lo he buscado en mi corazón,
y Tú, Señor, lo tienes desde siempre.
Me hiciste caminar en medio de mis inquietudes, hasta que
llegué a ver lo que me ibas enseñando; es que yo buscaba y
tú estabas con lo tuyo frente a mi vida.
Quisiste que lo buscara y, en fin, me presentaste todo, pues
solo no llegaba a nada, con mi búsqueda.

Hablabas a mi corazón con claridad, y no te escuchaba.
Mientras me enseñabas, no te veía; aún caminamos como
desencontrados, no obstante, por donde yo iba, tú estabas, y
sentí tus pasos en medio de mi vida agitada.
Llegó la hora como del enfrentamiento; estabas frente a mí, y
no pude hacer nada, sino escuchar lo que querías.

¿Qué sentido tienen los cuestionamientos y dudas, el miedo y
la espera, en el camino de la gracia?; es que, con el tiempo,
el llamado parece más fuerte aún.
El Señor es como intransigente frente a la vida, y todo es por
nuestro bien, pues la vida se realiza en medio del llamado del
Señor.

El mismo Señor sale a enfrentarse, a defender el llamado; es
porque su causa y nuestra felicidad, a pesar de que exige de
nosotros, y nos pone en medio de un contexto, pareciese más
difícil.

¿Por qué tanta duda, por qué tanto miedo?; es que así crece el llamado; en las circunstancias aún adversas, debe vencer a nuestra vida; es más fuerte de la vida, sin embargo, debe vencerla, y es el Señor que la vence.

¿Quién se atreve a hablar en el Nombre del Señor?
¿Y si Él lo pide y reclama?; eso implica muchas cosas, aún implica la vida, porque a la Palabra no se la asume tan fácil. Entonces, los golpes son para aquellos que la pronuncian, y el Señor pide hablar más aún.

El Señor pone su luz sobre mi lengua; presiento que purifica mi corazón.

Su Palabra nace en mi corazón, como en la fuente del Señor; sé que no pronuncio mi palabra, sino es de Él; y en todo el tiempo, me hace pronunciar su Palabra.

Él me hace ver la hora que me toca en medio del Pueblo.
Debo estar, mientras el Pueblo vive sus penurias; el tiempo está triste; el Pueblo está triste.
Busco en el Señor, la Palabra de esperanza para el Pueblo tan perdido; y no la encuentro.

¡Arrancar y derribar, perder y destruir, edificar y plantar!; no es la hora para ir arreglando cosas deterioradas, sino la de la destrucción.

El Señor me pone de testigo, mientras se cae lo que veo.
¿El pueblo lo lograría ver?; esta vez sí, y la destrucción es triste; pero el Señor no destruye tan sólo por destruir.

En el tiempo de la destrucción, levanto mi plegaria hacia los cielos, pido por la esperanza, para que la tengan los que están en el camino de la destrucción que parece para siempre; aún, levanto mi plegaria para que el Pueblo vea la Salvación; pues para verla, hay que confiar en el Señor, plenamente.

Las nubes negras anuncian desastres que vienen del norte;
arrasarán la tierra, a los hombres y a lo que encuentran en el
camino; ¿y quién se salvará?; ¿serán muchos que se salvan?
Y todos pasarán por un gran fuego; ¿quién se salvará?
¿Qué más, voy a anunciar en la hora tan triste?
Tengo miedo; pero el Señor me dice que me sostiene.

¿El Señor está tan intransigente contra su Pueblo?; ¿o son las
actitudes que lo llevan por ese camino?
¿Por qué el Señor permite a que el Pueblo se vaya muriendo?
¿Es el modo de salvarlo, a pesar de la destrucción?; ¿quién
podría comprender este tiempo?
El Pueblo lo toma como castigo; es lo que le sirve en la hora
de dolor, de desesperación.

Yo, en medio de la tormenta, en los días del juicio.
El Señor sostiene mis pasos vacilantes; Él es mi sostén,
mientras va cayendo el Pueblo.
Voy triste, mientras pronuncio; parece que la Palabra sigue
llegando a su Pueblo.

¿Qué será de mi Pueblo que es del Señor?
Él me dice que su Pueblo resurgirá; pero veo las desgracias;
y debo pronunciar su Palabra que me cuesta en esta hora.
¿Y el Pueblo?; parece que por hoy escucha con respeto.

b. YO SÓLO ANUNCIO

Me duele ver lo que ya está por llegar; mi corazón llora por
dentro, pero no puedo callarme ante lo que viene.
¡Cuánta tristeza, cuánto dolor en medio del Pueblo!; y soy la
parte que sufre y llora, aún llevo las desgracias.

El Señor me pide que hable, antes de que llegue el fin.

El tiempo apura; si no hablo hoy, mañana será tarde; pero me cuesta decir lo que veo.

¿Y el Pueblo?; a pesar de que presiente lo que viene, quiere ilusionarse con otras cosas; no quiere reconocer su realidad.

El Señor me pide que hable; y tengo miedo.

El Pueblo escucha con atención, ve que la Palabra viene del Señor, pero le cuesta reconocer lo que les digo.

La hora es difícil, y el tiempo cruel; ¿cómo escuchan en esta hora?; pero aún deben escucharlo.

A lo mejor, se guardan la Palabra; aún tendrán la posibilidad de recordarla; mientras tanto, las vivencias son tan tristes.

Pero la Palabra debe llegar hoy.

Las guerras vienen; quien habla de la paz en este tiempo, es un falso profeta, no está de parte del Señor.

Quizás, el Pueblo lo escucharía, se ilusionaría por un tiempo, pero las guerras vienen.

No son esas guerras que terminan; luego viene el dolor, como si empezase un fin interminable para el Pueblo.

Sólo anuncio lo que el Señor me pide.

Lo que digo, es tan triste; pero no hay esperanzas de ganar las guerras, sino hay que sufrirlas.

La tierra estará quemada, desolada y triste; ¿y los hombres dónde están, si las carpas se quedan sin vida?

Cuánto dolor, cuánta pena, cuánta culpa.

El Pueblo está tan perdido en esta hora.

Apenas escucha la Palabra, tan adormecido en medio de sus desgracias; aún se despierta para oír; y lo que escucha, es tan triste; y debo pronunciarlo.

"Todo el país será destruido."

"La tierra se pone de luto y los cielos se oscurecerán".

La Palabra del Señor es irrevocable; Él no cambiará nada, hasta que llegue lo que debe venir, pues llega por el bien del Pueblo.

c. ¿PODRÁ VOLVER AL SEÑOR?

El Señor me hace volver al tiempo de la juventud del Pueblo, y su camino por el desierto.

El Pueblo fue su parte sagrada, nadie podía tocarlo.

Me hace preguntar: ¿por qué se fueron del Señor?

¿Se han olvidado de que les hizo salir de Egipto, llevándoles con su brazo, por el desierto, por donde nadie transita solo, hasta que llegasen "al jardín de la tierra"?

¿Se han olvidado de quién fue el que cuidaba sus pasos?

Hoy, nadie pregunta dónde está el Señor; y los que guían el Pueblo, aún se rebelan.

Y los profetas consultan a Baal.

Vayan por el mundo y pregunten si hay un caso parecido, si hay alguien que actúa como los del Pueblo de mi Señor.

Y fue Él, quien los llevaba con su brazo extendido.

El Pueblo se olvida del Señor, Fuente de Agua Viva.

Ha buscado agua por su cuenta; cuando el Señor buscaba su vida, su paz, su libertad, el Pueblo luchaba por su cuenta; hoy, se vuelve esclavo más que antes.

¿Y qué espera al Pueblo, después de su infidelidad?

La humillación, la tierra desolada, las ciudades incendiadas; le ocurren estas desgracias, porque abandonaron a su Señor, quien le indicaba el camino.

Los que le guían, le llevan a la destrucción.

El Pueblo busca ayuda por todos lados y nadie le va ayudar; aún se hundirá más, en sus desgracias.

Sus errores le seguirán castigando; sus infidelidades le llevan a las condenas; cuántas condenas más verá con sus ojos. El Pueblo irá condenándose; y probará de todo por lo que hizo, al haber abandonado a su Señor. ¡Qué triste es lo que le viene!; y así debe pasar, pues su vida le lleva por esas desgracias. Aún hay invasiones; y todas contra el Pueblo.

No quería servir al Señor, se prostituía bajo cualquier árbol; ése fue su servicio. ¡Cómo llegó a degenerarse de un modo tan humillante! Si el Señor lo plantó sano, ¿qué ha pasado con su vida? Sus manchas son profundas y aún, se atreve a decir que no está manchado; ¿a quién mentiría? Que mire bien sus pasos, y lo verá.

Si pretende volver al Señor; ¿podría hacerlo? ¿No sería un escándalo?; se ha prostituido en todas partes; no hay un lugar limpio, ni siquiera uno solo. Se sentaba esperando y ahora, pretende volver. ¿Podría volver a su Señor?

Veo a su cara perdida que no recibe agua para lavarse. Me pregunto si puede volver, si el Señor lo acepta. ¿Y qué puedo decirle luego de las cosas que han pasado?

¿Cuánto tiempo necesitaría para renovar su corazón perdido, para poder volver como antes? Y si debe esperar, ¿cuántas cosas tristes pasarían? La vida no se detiene; vienen nuevas desgracias; acompañan a lo que ocurre entre el Señor y el Pueblo. ¿Qué pasará con el Pueblo? Pues, el Señor es como si se quedase en silencio.

Si le hablase del perdón, de la misericordia, no sería la hora

para comprenderlo; ¿no será que aún necesite pasar por otras vivencias, antes de que logre comprender lo que le pasa? Es muy triste esperar las desgracias que van cayendo sobre el Pueblo tan perdido; aún, cuando dice que busca al Señor, no encuentra sus huellas.

El Señor me pide que siga anunciando las desgracias que van viniendo; por hoy, es sólo esto.

Mi corazón se ha llenado del gran dolor; es como si el Señor necesitase de mí, que sufriese por Él, en la hora del Pueblo.

Me dice que no busque la esposa en esta hora, para evitar el dolor de mi familia.

El tiempo anuncia el dolor que va a tocar a todos, desde los más pequeños hasta los ancianos, y la tierra debe sufrir con el Pueblo; es la hora del gran sufrimiento.

d. ¿CÓMO VUELVE EL PUEBLO?

A la hora de la gran crisis, hay quienes quisiesen volver al Señor cuanto antes; no obstante, corren hacia Él, y es como si sus pies no diesen más; los caminos se hacen largos, casi intransitables; la vida se fue lejos; las cosas que ocurrieron, hacen tropezar más aún.

Hay quienes reclaman, y el Señor, como si no escuchase.

Si siguen reclamando, parece como un sordo.

La vida se muestra insensible ante el Señor, no puede verlo ni sentirlo; y no es que Él se hubiese ido, sino que nosotros nos quedamos muy lejos.

Hay quienes, en el reclamo, están dispuestos a sacrificar algo de lo que tienen, y aún tratan de salvar lo suyo; pero Él Señor actúa como un sordo, como si no quisiese pactar con ellos; y si siguen sacrificando, las ofrendas no llegan a los Cielos.

Los corazones se quedan sin vida; y aún, lo que hacen, es apenas un intento.

Pues, ¿qué podría entregar el hombre, en esa hora?

Y si lo hace, ¿qué vale lo que entrega?

El hombre es como si quisiese comprar al Señor con su pobre ofrenda, que ya no expresa un corazón abierto ni entregado; su ofrenda no viene de un corazón que ama de veras.

El Señor reclama la justicia entre los hombres.

Ellos no llegan a Él, si son injustos entre sí mismos.

El intento de la justicia ante los hermanos, aún abre el camino hacia el Señor; la justicia que parte de Él, empieza por las pequeñas justicias entre los hermanos.

El Pueblo reclama al Señor; y Él, no es éste que inspiraba cada actitud del Pueblo; aún se muestra insensible, como si se pusiese del otro lado, de parte de los enemigos, como si se vengase; pero el Pueblo no sabe ver otra cosa; y ve al Señor según sus criterios y su propia maldad.

El Pueblo perdido no sabe ver la bondad de su Señor; aún ve la desgracia, el castigo, la venganza; es lo que necesita ver y sentir; ojalá le sirva para el bien.

Mientras tanto, le queda el sufrimiento; los enemigos están por todos lados, el Pueblo se ve abandonado; es lo que debe vivir.

¿Qué sentido tendría lo que debe pasar el Pueblo?

¿Por qué debe pasarlo de un modo cruel?

¿El Señor, que lo cuida, no debiese salvarlo de la desgracia?

Sin embargo, aún no viene la salvación; ¿por qué no viene?

Es muy difícil comprender lo que acontece; y si los hombres

lo calculan según su capacidad, no es lo que deben esperar; seguramente, tiene un sentido lo que le toca al Pueblo; pero, ¿qué sentido tendría?

¿El Pueblo sabe que todo tiene su importancia?; y si no lo sabe, ¿el Señor lo explicaría?

Aún, si lo hiciese, ¿el Pueblo estaría dispuesto a escucharlo, a ver lo que el Señor le dice?

¿O sólo debe vivir su tiempo de pena, de culpa?

Quizás, el Señor sigue hablando a sus corazones, en medio de sus penas; quizás, en el silencio del dolor, va naciendo lo que el Señor quiere que nazca.

Y cuando llegue la hora, ¿lo verá?; pues debe verlo.

Es la hora difícil para el Pueblo.

Las Palabras hieren; ¿qué decir más, si todo viene como una venganza y al hablar, parece juzgar más aún?

Luego de la Palabra, reina el silencio; parece oportuno, y tan sólo hay que vivir lo que sigue pasando tan tristemente.

Aún falta que vengan las sequías; y están por venir.

Se juntan las desgracias en una sola cadena.

El Pueblo sigue viviendo sus penurias; no hay tregua ni por un instante.

e. EL PUEBLO ESCUCHA Y SE ASUSTA

Me toca compartir las desgracias del Pueblo.

El Señor me hace hablar en los tiempos tristes; y no me da otra palabra, sino la que anuncia las desgracias.

Su Palabra es como el estandarte que lo precede; y si cae de repente, golpea a todo el Pueblo.

Me hace hablar en medio del dolor.

Su Palabra llega a los corazones apagados, y no es como una

palabra de esperanza; como si naciesen las desgracias de ella,
y vienen como un viento malo; todo es tan triste.
Aún debo hablar; ¿por qué hablar?

El Señor me habla de la destrucción; la veo, y se la digo al
Pueblo humillado.

Me habla de una nueva construcción; ¿quién podría verla en
plena guerra?

El que mira un campo arrasado por el fuego, ¿podría ver el
nacimiento de la vida?; es lo que pasa con el Pueblo y aún,
los enemigos no tienen piedad.

¿Cómo esperar el resurgimiento, en medio de las guerras?;
pero están por caer Jerusalén y el Templo.

¿Cómo ver el renacimiento del Pueblo?; pues si viene, ¿en
qué tiempo viene?

Aún, anuncio las desgracias, ¿cómo hablar de la esperanza?
Sin embargo, hay que hacerlo por los nuevos tiempos.
Y el Pueblo aún no sabe qué otras desgracias lo esperan.

El Pueblo sigue cambiando; si antes, apenas me escuchaba y
lograba presentir que mi palabra podría ser del Señor, ahora
comienza a mirar de un modo diferente.

Las desgracias se vienen; ya no es sólo un aviso.

El Pueblo ve que hay cierta coincidencia que tiene que ver
con la Palabra y las cosas que pasan.

¿Adónde les llevará ese pensamiento?

Parece que el Pueblo está atento por lo que le digo, y lo toma
con seriedad; aún le anuncio nuevas desgracias.

Falta que caiga la Ciudad; falta que caiga el Templo; cuántas
desgracias más, deben ver y escuchar.

Ahora, el Pueblo ve que las cosas ocurren; no son vanas las
palabras que le digo de parte del Señor.

El Pueblo se asusta, y le duele lo que le digo; parece que no desea oír más, esta clase de discursos.

Ya no soy el que tan sólo ladra y apenas, alguien lo escucha; la Palabra aún resuena en medio del Pueblo, que no quiere escuchar más.

¿Y la esperanza en medio del Pueblo que está por caerse?; pues, ¿quién me escucha en esta hora?

Si debo anunciar la esperanza, es porque el Señor me lo pide; parece que ya nadie me escucha; y la esperanza es como una ironía.

¿Quién puede oírla, cuando se caen el Templo y el Pueblo? Pronto, el Pueblo verá el fuego que arrasará el Templo; y ése será el dolor más grande.

Aún le queda al Pueblo, la Palabra que lo sostendría.

El Pueblo aún no la entiende, pero la recordará, cuando logre recapacitar en medio de sus heridas; es lo más importante de lo que le voy diciendo en la hora tan difícil.

La esperanza está en el Señor; Él se ocupará, para cumplir su Palabra.

f. HACEN CALLAR AL PROFETA

El Pueblo no quiere escucharme más.

Y hay un pozo para mí; ya no puedo hablar ni puedo gritar; es la solución luego de la paciencia que me tenía el Pueblo, y que debía escucharme.

Hoy, ya no me escucha, tampoco puedo hablarle.

¿Hay alguna palabra que le debo decir, o todo está dicho?

Por este tiempo, debo quedarme callado; lo presiento en mi corazón; ahora, no puedo hacer nada, sino estar en el pozo.

Mientras tanto, el Pueblo sigue muriéndose.

Parece que, por el momento, el Señor salva mi vida, mientras

el Pueblo sigue muriéndose; estoy en un pozo, aún tirado.

Yo que acostumbraba a hablar, ahora me quedo en medio de un silencio que me perturba.

Antes, aún sentía las reacciones, mientras el Pueblo aceptaba o rechazaba mi palabra; ahora me queda el silencio.

¿Qué sentido tiene lo que le dije al Pueblo?

Tengo mucho tiempo para pensar, y me da pena.

El Pueblo me rechaza, luego de cumplir con el Señor.

¿No quiere escuchar más, en su hora triste?

¿Le pareció que yo iba a anunciarle otras desgracias?

¿Se cansó de las Palabras?; ¿por qué me rechaza?

Estoy en la oscuridad, en medio del barro, aún sin ver lo que pasa ni poder hablar, como un mudo.

Pienso en el sentido de las palabras; ¿por qué debí decírselas, si las guerras llegan igual?; ¿qué pasará con mi vida?

Sigo pensando; parece que ni siquiera el Señor me habla.

Sigo pensando, recorro las cosas.

Me decaigo del cansancio, del desánimo que siento.

Ahora sí, me siento cansado, agotado.

Antes, no tenía tiempo para pensar en el cansancio.

El barro está en mi cara, en mis ojos; todo es como un barro; parece que hasta mi vida sería un barro.

¿Y el Señor, que me hablaba, dónde está?

Pasan los días, vienen las noches, la oscuridad.

Nadie viene, nadie pregunta.

En pleno silencio, intento ver lo que había pasado.

No tengo fuerzas para mirar, no tengo ganas.

Parece que todo es un fracaso; y tantas palabras en medio de tantas desgracias.

¿Para qué he hablado?; pero el Señor me dijo que hablase.

Después de todo, estoy en este pozo oscuro.

Vinieron los enemigos a sacarme del pozo.

Alguna cosa ocurriría en mi vida, ¿no sé qué podría pasar?

Si me dejan con vida, es porque valoran lo que he dicho, aún prediqué las desgracias para el Pueblo.

¿O es que el Señor cuida mi vida?

Es el pensamiento que renace en mí, como un relámpago.

¿Adónde voy a ir ahora?; ¿qué camino me espera?

Luego de tantas cosas tristes, podría esperar cualquier cosa; quizás, debo ir adónde no quiera.

Me pregunto, ¿ya termina mi camino con el Señor o es que Él necesita más aún, de mi vida?

Sé que no comprendo mucho de lo que ocurre; tan sólo quise pronunciar su Palabra.

Quise decir lo que Él me decía.

Y Él, parece, hallaba el lugar y la hora.

Ahora, me veo caminar por una Tierra quemada.

¿Nacerán vidas en esta Tierra?; ¿serán distintas, nuevas?

Me acuerdo del llamado, de la primera Palabra del Señor.

Voy caminando por esta Tierra quemada; todo tiene que ver no sólo con la vida del Pueblo que se iba perdiendo, sino que también, con la Palabra que tú, Señor, pusiste en mi corazón; presiento la fuerza de tu Palabra que lleva la destrucción y las muertes; aún, me pregunto y sueño a la vez: ¿qué es lo que nacerá?; si tu Palabra tiene fuerzas para destruir, cuántas más tendrá para despertar la vida.

¡Cuánta más fuerza tiene tu Palabra Señor, para despertar la vida!; es lo que guardo en mí, luego de las desgracias; aún quisiese que tu Pueblo lo guardase; y creo que mi deseo es tuyo, Señor.

Camino por la Tierra quemada; sueño con el Pueblo que debe renacer de la esperanza puesta en el Señor; mi angustia y mi ansiedad quieren apurar los pasos del Señor.
¿Cuánto tiempo para el Pueblo, para que germine la Vida?; pues, mi corazón está en eso, por siempre; está con el Señor.

3. NUESTRO TIEMPO DEL SEÑOR

Señor, me haces caminar en medio de las desgracias.
No quieres que esté lejos del mundo, y aún quieres que el dolor llegue a mi corazón.

El mundo sufre por sus cosas.
El hombre sufre, al optar por su camino; a la vez, porque la vida lo envuelve.
El sufrimiento es parte de la lucha; la tierra y el hombre no pueden huir del dolor, pues es nuestra parte, es la parte de los hermanos y del mundo; es que todos estamos en medio del gran movimiento de la vida.

¿Quién podría esconderse frente al sufrimiento?
Hubiese debido huir de la vida que nace cada día, retirarse de los demás; aún hubiese debido vivir en un mundo angelical, para no tropezar contra ninguna piedra.
Nadie puede esconderse ni huir del sufrimiento; pero unos lo rechazan y otros, lo aceptan en paz.

Es cierto que el sufrimiento es parte del conflicto en medio del proyecto del Señor, el fruto de las desobediencias en el camino que Él había marcado.
Somos parte del mundo que sufre; entramos en el mundo de dolor, y asumimos esa parte en nuestra vida.
Es la corriente que nos toca de cerca; con tan sólo nacer en la familia, y vivir en la sociedad que sufre, seguimos sufriendo.

Hay sufrimientos que son como si no tuviesen respuesta; hay que aceptarlos como vienen, pues son como consecuencia del desorden que parte del interior y del mundo.
Siempre, hay un porqué, pero al llegar a situaciones límites, nos queda tan sólo aceptarlo; así es con las enfermedades incurables, con la realidad que no cambia.

¿Qué hacer en esas situaciones?

Son esos momentos cruciales que suelen tocarnos más aún, en los tiempos de grandes crisis.

Parece que el mundo no puede resolver tantas cosas; y me refiero a la familia, a la vida de la sociedad, y hay mucho de eso, en las religiones; la realidad ha tomado un rumbo que la lleva, ¿hacia dónde?; es lo que sufren muchos; algunos no lo ven, otros tienen miedo y prefieren no opinar.

La realidad es muy confusa; nos asustamos por lo que puede pasar con los hijos, por el futuro de la sociedad y del mundo; y lo que vivimos, es apenas, una parte de lo que podemos ver en esa carrera casi sin frenos.

¿Hacia dónde nos lleva la realidad, tan dolorosa para tantos que sufren, que luchan por la vida?; es que pronto nos toca la desesperación; y no sería tan sólo un alarde de aquellos que aparecen para despertar miedos.

El sufrimiento es parte del desorden, aún, es el camino para transitar en el mundo; y hay que hallar su sentido, a pesar de que nos costase luchar mucho, mientras dura la vida.

Es que todo lo que nos pasa tiene su valor; aún entramos en el mundo en esas circunstancias de la vida, del dolor, de las desgracias y confusiones, pues hay un sentido de lo que nos acontece.

Si vemos el dolor, es porque hay familias divididas, hay hijos con traumas, sin ideales; la gente sin pan, sin trabajo, sin casa; aún, los discapacitados, los de las cárceles, los de las guerras, de las drogas, todo esto, aún tan trágico, es sólo una parte de los conflictos interiores, de las confusiones en el corazón, tan tristes en el mundo; es que la realidad es más triste de lo que algunos ven y. por eso, algunos prefieren no verla.

Es que el mundo y el hombre apenas tocan las problemáticas; y si las arreglan en alguna parte, surge otra realidad aún más triste; con este pensamiento no quisiese ser escéptico, sino más bien, buscar una nueva luz que no viene de los hombres, sino que viene del Señor, a pesar de que el hombre no la ve.

Para tocar bien los problemas de este mundo, hay que esperar mucha luz que viene del Señor; porque la luz nos hace ver la realidad, en medio de una visión más amplia, no como la suele ver el hombre aún perdido; esa luz hace comprender a la realidad en plena crisis, en plena destrucción; hasta una realidad conflictiva, recupera su sentido, para estar incluida como una gracia en medio de la vida.

Lo grande de los profetas es que supieron hablar, por medio de la luz del Señor, sobre las crisis del mundo; y no siempre, el mundo los comprendía ni aceptaba su palabra.

Luego llega otro tiempo, el de la luz para los que escuchan la Palabra del Señor; entonces, la misma se proyecta clara, por lo que aconteció y aún, encamina al Pueblo.

Si el Pueblo no supo dar respuesta en su tiempo, la respuesta postergada suele tener aún más luz; así fue con los profetas, y será por siempre.

Y fue y será la palabra de esperanza, a pesar de que el Señor, según lo que veía el hombre, estaba involucrado hasta en los castigos y las venganzas; el tiempo solía aclarar todo, para el bien; pues, el hombre y el mundo aún suelen tener su nueva oportunidad, para poder comprender mejor lo que antes no comprendían.

Los errores abren el camino a las desgracias.

Los sufrimientos les acompañan, y se tornan su parte.

Los hombres caminan de mal en peor, y sufren más aún; y no

siempre saben ver el camino de las consecuencias.

Llega el momento, cuando ven tan sólo el dolor y el castigo; a veces, un castigo injusto; y llega la hora, cuando vemos al Señor, aún en medio del castigo que parece injusto y cruel; entonces, ¿cómo hablar de los conflictos, para poder verlos con la luz del Señor?

Si el hombre ve la realidad, con la luz el Señor, recupera el sentido de su vida, de lo que le pasa, y puede ir asumiendo en paz, su realidad tan dolorosa; pues, tan sólo asumida en paz, la realidad del hombre halla su buen rumbo, por más que pasase por las destrucciones que lo toquen.

Y pensar que la paz nos viene, porque el Señor toca la vida.

Los profetas anuncian la salvación del Señor; y los tiempos de crisis, de destrucciones, les sirven para ver la grandeza de la salvación; es que, en otras circunstancias, el hombre no la esperase, aún prefiriese ir arreglando por su cuenta, como pudiese hacerlo.

Los profetas, aún en medio de la destrucción, ven la luz del Señor y saben hablar con mucha fuerza; aún si son criticados y rechazados tantas veces, la luz llega donde debe llegar, y la voz no se queda en vano.

En el tiempo del profeta Jeremías, el Pueblo ya no ve la luz, sino sólo la desgracia; pero la luz sirve para la reconstrucción del Pueblo del Señor; cuando llegue la hora, el Pueblo sabrá ver el sentido de la Palabra, y sabrá asumir su sufrimiento, pues verá al Señor, como debe verlo y encontrarlo.

Sin embargo, aún en aquel tiempo oscuro, les queda esa luz, para que el Pueblo sepa soportar las tragedias; si es que el Pueblo no ve al Señor, en aquel entonces, halla la fuerza para llegar hasta el fin, en medio de sus desgracias; y eso también es grande.

Los profetas no están separados del dolor ni de las tragedias; y si es que caminan con un espíritu promovido por el Señor, viven lo que vive y sufre el Pueblo; también tienen dudas, vacilan, les cuesta creer en lo que el Señor les dice; aún les cuesta ver lo que, según el Señor, parece llegar ya y apenas, es un anuncio de lo que viene en otro tiempo; es que ellos están en medio del Pueblo, con el Señor en sus vidas; y con Él, van impregnando la realidad.

El camino de la transformación surge del Señor; una vez, el sufrimiento es parte de una vida confundida y, otras veces, aún en medio del sufrimiento, el Señor entra en la vida de los hombres para salvarlos.

El Señor cuenta con el sufrimiento del profeta, para llegar al Pueblo; y ellos deben vivir de tal modo, hasta que el mensaje llegue al Pueblo; luego se van, porque es la hora, mientras que sus palabras, como pequeñas semillas, siguen brotando; pero llegará el tiempo, cuando estén reconocidos, aceptados y comprendidos, en la hora de la gran luz del Señor.

Vendrán los profetas que hablarán de las destrucciones y las desgracias, de lo que debe pasar la humanidad; a la vez, aún llenos de luz, sembrarán la esperanza, luego de lo que debe pasar la humanidad; será el tiempo de la confusión y de la gran luz; el Señor estará presente, en esos cambios que pasan por las destrucciones.

¿Por qué tantas destrucciones?; no obstante, aún deben pasar.

¿Quién reconocerá el tiempo del Señor, tan importante en nuestros días?; ¿quién verá la hora de la salvación?

Los que deben reconocerla, lo verán, para poder llevar la luz por los tiempos que vienen, aún luego de las destrucciones que nos tocarán de cerca.

¿Quién comprende ese tiempo del Señor?

Me detengo para pensar, para pedir luz.

La imagen de Jeremías en el pozo con el barro, sería una buena expresión de su lugar en nuestros tiempos. El mundo reconocerá su mensaje y la luz que trae del Señor, para los hombres; creo que la dimensión de su Palabra será aún más grande.

INTRODUCCIÓN	3
1. LAS INFIDELIDADES	5
a. la primera infidelidad	5
b. el desierto	6
c. sólo por un tiempo	8
d. el Nombre de Dios	10
e. dos Imágenes	12
2. ME SEDUJISTE, MI SEÑOR	17
a. al arrancar y al destruir	17
b. yo sólo anuncio	19
c. ¿podrá volver al Señor?	21
d. ¿cómo vuelve el Pueblo?	23
e. el Pueblo escucha y se asusta	25
f. hacen callar al profeta	27
3. NUESTRO TIEMPO DEL SEÑOR	31

